



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-03-2019

Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Éstos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mc 3, 31-35).

Había sucedido otras veces que María se había quedado profundamente asombrada, incapaz de entender completamente los gestos y las palabras de Jesús, y acerca de Jesús, y, sin duda, se habría preguntado el porqué. Había ocurrido en Nazaret, en Belén, en Jerusalén, en Caná...

Y sucederá también en Cafarnaúm, como dice el evangelista Marcos. Los familiares de Jesús estaban muy preocupados, porque ahora se pensaba que estaba "fuera de sí". Incluso su madre estaba preocupada, y con razón, porque le habían dicho que no tenía ni tiempo ni posibilidad de comer, tal era la multitud que rodeaba a Jesús. Tampoco era posible entrar en la casa donde se encontraba y hablar con él.

Sólo pueden decirle que están fuera y que lo están buscando. La respuesta de Jesús toma la forma de una pregunta aparentemente muy dura: "¿quién es..., quiénes son...?".

Quizás lo fuera también para María. O tal vez no. No, si María está bien adelante en su camino de fe. No, si se regocija al ver que está naciendo una pequeña comunidad alrededor de Jesús, su nueva familia, que lo ama y está a punto para seguirlo. No, si María ha llegado a comprender que podrá y deberá convertirse en la madre de toda esa multitud, que está aprendiendo de Jesús toda la importancia de cumplir la voluntad del Padre.

Con paz y con paciencia, con dulzura y con serenidad, María escucha y medita. Como lo había hecho siempre, especialmente cuando el ángel le trajo el anuncio del Señor, y ella respondió: "hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38).

Ahora María sabe que Jesús ha venido para dar nueva vida al mundo. María sabe que Jesús ha venido para revelar a todos la paternidad de Dios y abrirlos a su amor, a su santidad, a su perfección. María sabe que Jesús ha venido a anunciar la ley del Espíritu. En Caná comenzó a aprender que de él nacería la Iglesia, la comunidad de aquéllos que "son engendrados en Dios" y creen en él.

A todo esto, es a lo que Jesús ha guiado a María, a través de un camino hecho de luces y de sombras, de presencias y de desprendimientos. Será necesario llegar a Jerusalén, hasta la cruz, donde Jesús le dirá al discípulo: "¡Aquí está tu madre!", señalando a María. Y en la casa, donde María estará con los apóstoles en oración y en espera, para recibir el Espíritu Santo. Allí y entonces María será plena y totalmente madre, madre en la fe: madre de la Iglesia y de toda la humanidad.

El éxodo de María es un éxodo de purificación y transformación para alcanzar la maternidad universal. Y cuando no entendía, guardaba el misterio en su corazón, meditaba y oraba. En el silencio, adoraba, y en la espera, vivía llena de esperanza.

Así también lo había hecho su esposo, José, incluso cuando Dios lo había dejado junto a Jesús y a ella, para que fuera el custodio del misterio de la vida, en el silencio y en la ternura, obediente en todo.

También para nosotros, el viaje de la fe, para descubrir el misterio de Jesús, requiere disponibilidad total y búsqueda humilde: como peregrinos, a menudo por caminos inaccesibles y solitarios, a través de valles oscuros, e incluso superando montañas altas, en la obediencia a la voluntad del Padre. Incluso cuando no se llega a ver. Incluso cuando parece imposible entender e inútil continuar.

Magdalena Aulina supo, siempre y en todo, buscar, aceptar y cumplir la voluntad de Dios. Por medio de su intercesión, pidamos al Señor que podamos cumplir siempre su voluntad, y que nos convirtamos en "hermano, hermana, madre" de Jesús.

Unidos espiritualmente, vivamos este misterio de manera particular en las dos solemnidades de este mes de marzo: San José, el 19; la anunciación del Señor, el 25.

